

ME encuentro entre la espada de mis superiores y la pared de los vietcongs —dice tristemente el oficial saigónés—. Y, sin embargo, quiero ayudarles.

Un simpatizante del FNL nos lo ha presentado nada más llegar. De voz reposada y mirada sensible, da un nuevo trago del vino de fresa que nos han servido: «Voy a mandar una carta "al otro lado". Escriban ustedes otra. Y vuelvan mañana».

Bajo la mirada de niños sonrientes, mujeres llenas de gravedad y viejos impenetrables, escribimos. Nos hallamos a unos cuantos kilómetros al Sur de Ca Mau, andrajosa capital provincial. Sobre la puerta, discreta, pero obligatoria, la bandera saigonesa: amarilla a franjas rojas. En este rincón, a poco que se escarbe, bien pronto se encuentra uno con agentes del GRP.

Los emisarios desaparecen tras los cocoteros.

Regresamos al pueblo. Aquí, policías de paisano, con gafas ahumadas —las llevan hasta de noche—, nos observan insistentemente. A la mañana siguiente, en un sampán provisto de motor, nos unimos de nuevo a los jóvenes de la víspera. Desembarcamos, para avanzar a lo largo de setos de bambú y más tarde a través de arrozales secos y resquebrajados. Llegamos a un pueblo sin banderas, que a primera vista produce la impresión de estar enclavado en medio de la tierra de nadie y deshabitado. Un viejo con perilla declara, con esa profunda dignidad de los patriarcas vietnamitas: «Este territorio pertenece al GRP. Pero los soldados de Saigón vienen aquí». Las chozas están casi vacías, los altares de los antepasados, hechos astillas. Una mujer descalza se lanza contra Ronald Moreau: «No puedo reprimir la rabia al verte, ¡americano!, nadie sabe lo que tu país nos ha hecho sufrir». Otras mujeres tratan de calmarla. Las quejas se suceden: «Cuando pasan los soldados de Saigón, lo roban todo...». Junto a las viviendas no se ven ni asnos, ni aves, ni cerdos. Y menos, claro está, el búfalo. «Se llevan desde los cuchillos hasta las cacerolas». «A mí me robaron hasta el cepillo de dientes». «Venden a las mujeres por veinte o treinta mil piastras. Tengan ustedes en cuenta que han sido ya violadas». Dos muchachas, súbitamente ruborizadas, se esconden en la cocina. «Miren, ni siquiera los niños llevan sus pendientes de oro». Hacen que nos fijemos en los embudos de las granadas del 10,5 y en un par de tumbas recientes aún.

De pronto, hacia las diez, con siete de sus compañeros, surge nuestro primer guerrillero, revólver al cinto, pijama negro y sombrero de fibra vegetal. Este jefe de patrulla (no quiere que se le llame «oficial») coloca a sus hom-

ONCE DIAS EN EL VIETNAM PROHIBIDO

bres en torno a la choza de paja. Todos llevan armas americanas, «M-16», carabinas, lanzagranadas. Uno de ellos debe de tener quince o dieciséis años. El jefe, educado, muy crispado, no responde a nuestras preguntas. Por la «radio bambú» sabía que andábamos por estos parajes. Pero no tiene instrucciones: «Voy a enviar un mensaje a las autoridades superiores anunciando que quieren pasar dos o tres días con el GRP». Nos aconseja firmemente que volvamos a Ca Mau. Con el alma en los pies, echamos a

andar. Bruscamente, al borde de un campo, un campesino que suda bajo el casco de plástico, le espeta a uno de nuestros guías: «La Policía de Ca Mau busca a los blancos; tiene orden de disparar contra ellos».

Parece algo exagerado, pero jamás se sabe... De nuevo, pues, a la choza: leche de coco y sopa de pescado con este (para mí) terrible *nuoc mam*. Reaparece el jefe de patrulla. Y dice gravemente: «Me han puesto al tanto de la situación: o vuelven ustedes al pueblo o se vienen con

nosotros». Así da comienzo nuestro viaje al país del GRP.

A través de arrozales, bajo las palmeras, caminamos toda la jornada, respirando un aire espeso como una crema, chapoteando en arroyos arcillosos... Prudentemente desplegada en torno a nosotros, la patrulla hace un alto en el camino, al término de cada hora, a fin de reposar y beber. En los fines de etapa, alrededor de lámparas de petróleo, los lamentos cobran un carácter casi mágico: «El día del alto el fuego había banderas del GRP hasta en el canal de Ba Beo. Los saigoneses las quitaron». «Lo que nosotros queremos es la paz, la libertad de poder trabajar sin miedo en nuestros arrozales».

Llegamos en sampán ante una casona encuadrada por buganvillas y... un gigantesco tractor Ford. Truong Trán Dao, presidente del Comité del FNL de la localidad, de treinta y cuatro años, mandíbula cuadrada y sumamente formalista, va a ocuparse de nosotros durante dos días. Cansados, rotos, pasamos nuestra primera noche sobre camas de madera. Extrañas y cautivadoras noches del campo vietnamita, cuajadas de luciérnagas, de resplandores de relámpagos o de artillería, de cantos de sapos o, más tarde, de gallos, con el ronroneo de los motores sobre los canales o el gruñido del cerdo, tan familiar como un perro, bajo la cama. E interrumpidas a ratos por los vagidos de un niño, las respiraciones adultas, tranquilizadoras, de nuestros anfitriones o guardianes, en la gran habitación común, la cocina.

Un pueblo sin banderas, aparentemente enclavado en la tierra de nadie, que vive en constante acecho y alerta. Empujarán el sampán con sus brazos tallados en «lim» allá donde haya dos centímetros de agua.





OLIVIER TODD

Siguiendo órdenes de «autoridades superiores», los oficiales que nos han tomado a su cargo, bien a su pesar, por cierto, se muestran distantes y tensos. Repetidores de una propaganda simple, se empujan siempre en la misma retórica convenida: «Los acuerdos de París deben ser aplicados». «El régimen de Saigón viola esos acuerdos». «Nosotros, nuestros soldados, somos todos voluntarios». «Las mujeres de la Resistencia francesa, ¿eran tan valientes como las vietnamitas?». «Nuestros recuerdos a Jane Fonda y Raymonde Dien» (1).

«La hermana siete va a regresar»

Pasa un avión de reconocimiento: se hacen desaparecer rápidamente las banderas. Seguridad ante todo: somos llevados de un lado a otro sin descanso. Y de paso, nos hacen visitar minúsculos dispensarios, un taller donde varios técnicos manipulan granadas que no han estallado, chozas-escuelas. Los alumnos llevan un escudo con la cita del tío Ho, tan frecuentemente oída en Vietnam del Norte: «Nada es tan valioso como la independencia y la libertad».

En los cuadernos, con tinta violeta: «Por la mañana vienen los soldados fantoches al caserío para llevar a cabo su complot de pacificación en nombre de sus

amos, los americanos». «Si un extraño os pregunta dónde están los oficiales o los hombres de la liberación, responded: "No lo sé". Hay que seguir cuidadosamente los pasos de todo extraño, pero recibir amistosamente a los amigos».

A la mañana del día segundo, alerta: «¡Vienen los soldados de Saigón!», gritan los chavales centinelas. Las mujeres agarran los enseres y bultos que pueden, una niña saca a dos gatitos de la madriguera que tienen bajo su cama. Comienza la desbandada, desparramándose la gente por los arrozales. Voz de alto y vuelta a reunirse. Uno de los mandos: «Falsa alerta. Los niños han avisado una de nuestras unidades, desconocida en esta región». ¿Norvietnamitas? Casi seguro que no: hasta en Saigón se admite que

apenas los hay en esta provincia.

Con gran alivio nuestro, por fin se nos confía a dos soldados «para ir más lejos». Allí donde haya tres centímetros de agua sobre cincuenta de limo negruzco, empujarán, silbando por lo bajo, el sampán. Estos muchachos tienen los músculos tallados en madera de lim, la más dura de Vietnam. Ni siquiera en los lugares donde no hay más que puro lodo consienten en que Chantal descienda para continuar a pie. Al agradecerse, responden: «No tiene importancia, cosas como ésta las hacemos a diario: somos soldados de la Liberación».

En este universo, la más cálida amabilidad (para todos) y los más monótonos y manidos clisés (para nosotros) se entremezclan. Hay que mirar, penetrar los gestos, más que juzgar las palabras. A eso de las dos de la madrugada, misterioso diálogo en la oscuridad, desde la orilla a los sampánes: «El Hermano Tres se ha marchado...», «La Hermana Siete va a regresar». Nos ponen en manos de Thong Tan. Veintisiete años, cara absolutamente lisa, voz penetrante y dura, desconfiado, inquieto, hosco a ratos. Una de sus primeras advertencias, ya por la mañana, a Ronald, que charla despreocupadamente con los campesinos: «Fuera de mi presencia, no hable usted con nadie, ¿entendido?». Durante varias horas, que se nos antojan larguísima, empapados, exangües, nos sentimos prisioneros, cautivos voluntarios, eso sí, pero prisioneros al fin y al cabo. Hay que comprender a Thong Tan: durante años y años, los únicos blancos vistos por estos andurriales fueron militares americanos o paisanos pertenecientes a la USIS o a la USAID. Naturalmente, el espionaje existe.

Más tarde llega Phan Hien. Enviado por «la provincia», es decir, por las «autoridades superiores», ha recorrido de un tirón sesenta kilómetros, a pie y en sampán, sin más compañía que la de una joven ayudante. Sonriente, caluroso, metódico, pijama negro y sombrero de fibra vegetal verde, la gran frente bombeada, ojos profundos con un punto de coquetería... Enjuto en extremo, con sus cuarenta y tres años, diríase que tiene cincuenta, y, para una estatura de metro y medio, su peso es de cuarenta y tres kilos. Se llama a sí mismo y es el jefe de los reporteros gráficos de An Xuyen. En la zona del GRP no siempre se es sólo lo que se pretende ser. Miembro de la Resistencia desde 1946, Phan Hien pasó seis años en Poulo Condor: «En secreto, hay que guardarse, sobre todo, de dormir por la noche: para evitar la pleuresía».

Llega uno a tener a veces la impresión de que la guerra, para ciertos mandos muy endurecidos, ha venido a ser, más que un modo de vida o un medio, un fin. En este sentido habla Phan Hien: «A nosotros no nos gustan los com-

(1) Militante comunista francesa que, en febrero de 1950, se tumbó sobre los raíles de un tren de soldados destinados a Indochina.

Cabe media banda. Y el trombón.



Las noches de concierto, ya se sabe, necesitamos un coche capaz de cualquier cosa. Como nosotros mismos, vale. Un coche sin problemas de espacio, eso es.

Así que los muchachos han elegido el Citroën-8 Familiar. Les hacía falta uno con el piso totalmente plano y los asientos grandes, cómodos y abatibles. Con transportines si se quiere, además. Ahora van holgados, ellos y sus instrumentos. El resto del material, en el maletero: 1,50 metros cúbicos. Enorme.

Un coche, éste, Citroën... 8 Familiar, que arranca a la primera y para a la primera. Sin rechistar: frenos de disco. Y que corre. Vaya si corre. 120 kms/h para cuando hay prisa, ya me entienden.

También era importante la visibilidad. Y éste tiene

la mayor superficie acristalada de su categoría, a través de las cinco grandes ventanas de sus cinco generosas puertas. Ahora se ven venir las cosas. Y la suspensión, a interacción longitu... longitudinal -gracias-, que hace que se pegue a las curvas como una lapa. La climatización, total y efectiva. Las manos no deben entorpecerse con el frío, los muchachos lo saben.

En fin, que han elegido bien. Ahora trabajan mejor y llegan en punto a los conciertos. Allegro, con brio, andante.

Citroën 8 Familiar.

FINANCIACION SEFICITROËN

CITROËN 8 Familiar

bates. Hemos sido de alguna manera forzados a empuñar las armas. Muchas veces afirma sin ambages sus preferencias personales, cuando infinidad de sus colegas rechazan, con una rigidez casi maoísta, «el tener gustos y deseos individuales». Así, dirá: «Prefiero las novelas soviéticas a las chinas: estas últimas las encuentro un tanto inflexibles». Y luego, sopesando más las palabras: «Hay que meter más el arte en la política, en lugar de politizar todo el arte». Junto a «la determinación», «la resolución», constantemente afirmadas, lo mismo que en Hanoi, el fondo de Phan Hien es de una ternura indudable. En contraste con tanto mando mecánico, resulta —en qué medida, además!— reconfortante.

El mismo día que él, aparecieron otros dos hombres que habrían de permanecer junto a nosotros todo el tiempo. Hai Thanh, médico auxiliar, frizando la cuarentena, alegre y divertido, que escribe poemas y sabe tratar a los niños con notable dulzura. Y Tu Hieu, de padre francés y madre norvietnamita, que ha venido a juntarse con nosotros tan aprisa que no trae consigo nada más que su pijama de color pardo. De unos cincuenta años, y miembro a la Resistencia desde 1945, este antiguo dueño de plantaciones de caucho en las «Tierras Rojas», es un militante «para todo»: intendente eficaz, notable cocinero, agente secreto si se terciara, enfermero que sabe poner admirables intravenosas. Cuando Chantal tuvo cuarenta grados de temperatura, Hai Thanh y Tu Hieu le quitaron la fiebre en un solo día.

Y por último, como supervisor de nuestra caravana, auténtico estratega del transporte, táctico de la vigilancia, investido por «la provincia», de una autoridad a todas luces superior tenemos al ardiente y rechoncho Le Nam: de él dependen todos nuestros movimientos (cambiamos de choza varias veces al día y de domicilio cada tarde). Nada más verle, le decimos: «Hemos visto bastantes horrores de la guerra, destrucciones, heridos. Queremos saber cómo funciona el GRP». «Es constructivo», dice Le Nam. «Preguntemos qué programa acepta la provincia. Nos gustaría ver también a un representante de las autoridades superiores». «Transmítalo la petición». Y acto seguido se pone en marcha para hacer una cincuenta de kilómetros como quien toma el Metro.

Durante estos once días en que recorremos un total de más de doscientos kilómetros, zigzagueando, volviendo a veces sobre nuestros pasos, utilizando sampanes casi siempre, pasando por entre puestos ocupados por los grupos de Saigón, atravesando zonas sobre las que existe un contencioso —«pasos de cebra», dice Phan Hien—, durmiendo a veces a sólo tres o cuatro kilómetros de un



Prudentemente desplegada en torno a nosotros, caminamos toda la jornada a través de arrozales, bajo las palmeras...

ONCE DIAS EN EL VIETNAM PROHIBIDO

fortín enemigo, durante esos once días tenemos ocasión de comprobar que el FNL está muy bien implantado en esta región. No daré los nombres de los pueblos atravesados, a veces improvisadamente: después del alto el fuego, ciertas aldeas del GRP en las que habían penetrado los periodistas fueron bombardeadas por la artillería o la aviación sudvietnamita como represalia. Debo añadir, no obstante, que si el «sistema de seguridad» del GRP ha hecho ya su rodaje, los servicios de seguridad de Saigón tampoco funcionan mal: a nuestra «salida», el coronel saigónés Tho, mantenido al corriente por sus informantes, nos anunciará, después de habernos amenazado con fusileros: «Este es el trayecto que han hecho ustedes en territorio vietcong». Y la relación que nos dio era bastante correcta. En este país pululan por ambos bandos los confidentes, los contraespías y los agentes triples.

Que no quede ninguna duda, sin embargo, de que en esta provincia de An Zuyen, el GRP tiene muchos más simpatizantes de lo que oficialmente reconoce Saigón. El Gobierno Revolucionario Provisional controla la mayor parte de las zonas rurales, y consecuentemente, la población que vive entre los puestos militares del adversario —un centenar— instalados en las ciudades, está,

bien voluntariamente, bien por la fuerza, bajo su control. Las relaciones entre los cuadros ambulantes que nos sirven de guías y la población parecen cordiales. En las chozas en que dormimos —ofrecidas por la hospitalidad de los aldeanos; tal vez requisadas?— se invita siempre al cabeza de familia a compartir nuestros alimentos. A veces éste se rebela cuando ve llegar a Ronald: «Un americano, ¡ah, no!». Ronald bromea entonces en vietnamita, y se hacen las paces una vez que Moreau recibe el calificativo de «periodista progresista».

Una buena pregunta: ¿apoyan los campesinos voluntariamente al GRP? Sí, al menos superficialmente. Algunos lo hacen por despecho hacia las exacciones de los soldados de Saigón. Abanicándose con una servilleta de cuadros azules y blancos, un viejo en cuya compañía y enfrente de cuya casa estamos celebrando un «picnic» (nuestros camaradas han insistido en rodar esta estúpida escena), nos dice: «El año pasado, cuando vinieron los militares, nos pidieron que cocináramos para ellos. Después se llevaron todo, o bien lo destruyeron: los muebles, los cuencos. Todo. Les rogué que me dejaran al menos mi manta. Me golpearon...». Para añadir luego, con ese prodigioso optimismo de que dan muestras tantos campesinos de los tres

Vietnam: «Bah, el año que viene volveré a tener sesenta patos».

Otro, más viejo aún, nos dijo en un momento en que no había delante ningún mando del GRP: «Sí, esa bandera que hay sobre la puerta de mi casa es nueva. Pero yo siempre he tenido una bandera del GRP o del FNL, incluso cuando la situación era tranquila. A nosotros no nos obligan a poner una bandera, como les ocurre a los que viven en la zona de Saigón. Yo compré la mía por doscientas plastras. Siempre fui partidario de la lucha contra el agresor extranjero... Cuando era joven, los campesinos no tenían tierras. Si yo producía doscientos kilos, estaba obligado a dar ciento cincuenta al amo. Apenas teníamos con qué vivir. Con la resistencia y el tío Ho, es decir, en 1946 ó 1947, no recuerdo exactamente, me dieron tres hectáreas. Durante la guerra, la situación fue terrible. Las personas y el ganado morían en los bombardeos de la aviación o la artillería. Hace tres años, y debido al programa de pacificación, nos obligaron a salir de aquí. Ahora ha llegado la liberación. He vuelto a mi tierra. Rezamos por que la paz continúe».

El buen comportamiento de las tropas del GRP asegura una cierta estabilidad económica. Muchos se imaginan que las zonas del GRP viven en una especie de autarquía. Nada más falso. La ósmosis económica con los centros urbanos alimentados por Saigón es completa. La única moneda que tiene curso legal es la piastra de la República de Vietnam del Sur. Casi todo lo que puede adquirirse en la ciudad, en el terreno de lo indispensable, se encuentra normalmente en las pequeñas tiendas de la zona: té, azúcar, leche condensada, café, cigarrillos, baterías eléctricas, gasolina, cerveza (de las Grandes Cervecerías de Indochina, naturalmente), cacharros de plástico; hasta canicas de cristal para los niños, que no disponen apenas de juguetes.

El nivel de vida es tanto más elevado cuanto más garantizada está la seguridad de una determinada zona. Comienzan a abundar la volatería y los cerdos, y reaparecen los búfalos ahora que los helicópteros han dejado de tomarlos como blanco. No nos olvidaremos nunca de aquel granjero que acababa de adquirir dos búfalos y que pasaba parte de la noche en vela quemando palay para alejar a los mosquitos.

En la línea radica la esperanza

El sistema de libre empresa, aceptado por el programa del FNL en 1960 y luego por el GRP, consagrado por los acuerdos de enero de 1973, funciona con ciertos matices socializantes. Es verdad que se fomentan las

SI SOLO TIENE USTED 3.980 PESETAS TOMESE UNAS VACACIONES EN SUDAMERICA.

Ahora puede hacerlo, con el sistema Creditourist, de Lan Chile. Obtendrá rápidamente su crédito. Abonará solo un 10% del importe total, aplazando el resto. Los precios incluyen: viaje en grupos de 10 personas, vuelos en línea regular, clase turista, traslados y hoteles en habitación doble, durante 10 inolvidables días.

BUENOS AIRES

Buenos Aires es el centro de un mundo.
Buenos Aires, vos sabés...

Buenos Aires tiene un lenguaje peculiar, el lunfardo. Un lenguaje ancho como la pampa y dulce como el Paraná.

Amistoso y sereno, como su gente porteña. Y Buenos Aires es solo una encrucijada entre la altiplanicie, la selva, los Andes y el mar. Una encrucijada de razas, canciones y paisajes, el corazón de Argentina.

El corazón de un mundo, vos sabés...

Desde Madrid:

Pago inicial: 3.980 pts. Mensualidades:
1.540 pts. Precio total: 41.040 pts.

Rio Janeiro

De Río siempre se vuelve moreno.
Moreno y triste.

La saudade es un mar con ecos de samba. Es la arena blanca de Copacabana. El mar y el sol de Río, que estrenan juntos cada mañana, colores de carnaval en la bahía. Poco más allá empieza el Amazonas.

Un universo oscuro y verde con la ciudad más moderna de la tierra centelleando dentro: Brasilia. Brasil es Iguazú y es Corcovado, Río y Sao Paulo. Luego, es saudade.

Desde Madrid:

Pago inicial: 3.960 pts. Mensualidades:
1.540 pts. Precio total: 41.460 pts.

Santiago

Santiago de Chile,
la vieja ciudad de la Araucana.

La densa historia de Santiago de Chile ha ido desde 1.541 prendiéndose a sus muros. Paseando por ella se comprende el amor de Pedro de Valdivia por Santiago y por Chile, desde Cabo de Hornos al Perú, desde la nieve eterna de los Andes a las aguas azules del Pacífico.

Santiago de Chile es el alma de un largo y hermoso país donde las gaviotas se rozan con los cóndores.

Desde Madrid:

Pago inicial: 4.450 pts. Mensualidades:
1.990 pts. Precio total: 45.300 pts.

Nueva tarifa rebajada válida todo el año.

El sistema Creditourist incluye también vuelos a Paraguay, Perú y Uruguay.

Para más información sobre el sistema Creditourist, dirijase a su Agente de Viajes o a Lan Chile.

Madrid: Torre de Madrid,
telfs. 248 72 95/96 y 247 64 32.

Barcelona: Vía Augusta, 127
Hotel Cóndor, telfs. 2181996 y 2181450

 **LAN-CHILE**

Tenemos un mundo que enseñarle.

actividades colectivas, pero de un modo menos mecánico que en Vietnam del Norte. Las familias tienen, según parece, entre dos y diez hectáreas en régimen de propiedad privada. Son los propios granjeros quienes deciden labrar o realizar cualquier otra operación agrícola en común.

El punto más débil de la organización lo constituyen las comunicaciones. «Son precisos uno o dos días para ponernos en contacto con nuestro cuartel general de provincia», admiten ciertos cuadros. Este cuartel general debe encontrarse en alguna parte del bosque de U Minh. Los mensajes son transmitidos por individuos que forman parte de la organización. Una vez llegados a su destino, los mensajes ponen en funcionamiento una máquina casi perfecta. En ningún momento ha faltado a la cita con nosotros ningún sampán, ningún guía, ninguna patrulla, ningún centinela: todos habían recibido instrucciones precisas al respecto.

Y, sin embargo, en An Xuyen las informaciones no sólo son lentas, sino también escasas. La mayoría de los campesinos viven en un mundo más cerrado aún que el de los cuadros. Existen para ellos pocas fuentes de información: las mujeres, los niños, los viejos acuden a mercados situados casi siempre en enclaves gubernamentales, pero apenas si obtienen informaciones seguras. En la zona del GRP no está permitido escuchar otras noticias que no sean las de Radio Hanoi o las de la emisora oficial del GRP, Radio Giai Phong. Sólo los cuadros tienen derecho a escuchar la BBC u otras emisoras extranjeras. Ahora bien, las emisoras oficiales sustituyen muchas veces lo probable o lo posible por lo deseable: para ellas, la historia no es lo que ha tenido lugar, sino lo que habría podido acontecer.

En todos los escalones de la jerarquía, los agrocomunistas hochiminhianos predominan sobre los marxistas-leninistas. Por todas partes aparece el retrato de Ho. En Vietnam del Norte se alude con frecuencia a Pham Van Dong, a Le Duan o a Vo Nguyen Giap. En An Xuyen no hay intercesor o mediador entre el pueblo y ese símbolo tan laico como religioso del tío Ho. Tampoco se aprecia alusión alguna al gran cisma entre soviéticos y chinos. Moscú y Pekín son simples abstracciones, representada sólo por algunas armas y municiones.

Del adversario principal, Nguyen Van Thieu, se habla en un tono de cierto desapego. Por curioso que pueda parecer, los campesinos no expresan odio hacia su persona, lo que no les impide explayarse sobre la corrupción y el autoritarismo de su régimen. También se plantea la cuestión de los prisioneros políticos. Encontramos a una joven campesina liberada dos días antes, quien



«Las mujeres de la Resistencia francesa, ¿eran tan valientes como las vietnamitas?».

ONCE DIAS EN EL VIETNAM PROHIBIDO

asegura haber sido torturada en Ca Mau. Da precisiones al respecto. Afirma haber sido liberada «por falta de pruebas» (2), por decisión de un Tribunal militar reunido en Can Tho.

Según fuentes americanas, desde el alto el fuego, el GRP ha liquidado a nueve jefes de aldea en esta provincia. Pregunto a un cuadro por la veracidad de estas informaciones: «Calumnias», responde simplemente. Le digo que en Can Tho tropas polacas y húngaras vieron con horror cierto número de cadáveres despedazados en una pagoda después de un atentado: «¡Mentiras, provocación!». El más estricto tabú se cierne sobre este asunto, como sobre los sucesos de Hue y otras operaciones terroristas.

La democracia, idea que prepondera sobre la del socialismo, parece estrictamente limitada. «Parece» funcionar a escala de aldea o de pueblo, con los oficiales cuidadosamente seleccionados, aunque al mismo tiempo elegidos desde abajo, procedentes todos ellos de entre los campesinos. Por encima de ese nivel prevalece el centralismo. Por lo que respecta a las cuestiones importantes, se esperan siempre las ór-

denes de arriba, de las «autoridades superiores». Los cuadros políticos, nombrados por las jerarquías superiores, son los motores permanentes de la organización y la lucha. Se los escucha con un respeto que no parece provocado por el temor. El cuadro ha venido a sustituir en cierto modo al anciano de la sociedad tradicional. Mesánico y práctico a un tiempo, habla de la «paz», de la «construcción», del «desarrollo de nuestra rica y fértil provincia». Responde a aspiraciones precisas, sensibles. En la línea radica la esperanza.

El teatro en la aldea

Pero el cuadro vive siempre en un universo en suspensión entre la guerra y la paz. Pasa mucho tiempo separado de la familia. Tiene siempre presente la idea de «lucha». Frente a las autoridades superiores, el «presidium» del FNL y los ministros del GRP, estos cuadros disponen como mucho de voto consultivo. Si quien toma la decisión es el Comité Central o, más lejos aún, Hanoi, los cuadros aceptarán sin más otros treinta años de combate. No creo que se piense en consultar a la base. Con frecuencia oímos respuestas como las siguientes: «Es demasiado complicado para mí...», «Esta cuestión

me rebasa...», «No comprendo...». Y, sin embargo, en esta provincia uno tiene la impresión de que, si de ellos sólo dependiera, los oficiales y cuadros locales, así como la mayor parte de los campesinos, optarían por la lucha política antes que por un nuevo combate militar. ¿Y si el pueblo, concienciado por los militares y jefes revolucionarios, no se mostrase dispuesto a aprobar las implacables decisiones de estos últimos? En An Xuyen, muchos responsables están convencidos de tener de su parte al pueblo y a la Historia. ¿Se trata de un caso particular? Tal vez. Queda por saber cuántos casos particulares hay en todo Vietnam del Sur.

Los servicios de información americanos y sudvietnamitas confirman la total inexistencia de tropas de la RDV en esta provincia. De ahí que no se produzcan fricciones regionales entre norvietnamitas y sudvietnamitas y que no haya sentimiento alguno de «invasión». Los pocos norvietnamitas que encontramos son técnicos —algunos cineastas, entre ellos un director célebre en Hanoi—. La mayoría llevan ya seis o siete años en esta zona. A algunos se les ha pegado incluso el acento del Sur.

Gracias al GRP se dan también diversiones, dentro incluso del radio de alcance de los cañones enemigos. Asistimos a dos espectáculos que no han sido montados especialmente para nosotros. Velada teatral en la que participan por lo menos cuatro mil habitantes de un pueblo: en un campo inmenso, la compañía, compuesta por unos cincuenta individuos, levanta el tablado e instalan el material eléctrico que permitirá toda clase de sutiles juegos de luces. Desde las ocho de la tarde hasta medianoche se suceden quince números distintos, cantos, «sketches». Lo que más nos gustó fueron dos danzas khmeres. No es por puro azar por lo que figuran en el programa. Viven en toda esta provincia treinta mil camboyanos, y en este espectáculo altamente político se alude didácticamente a la guerra de Camboya.

En el espectáculo se utiliza el maquillaje vietnamita tradicional, que da a la vez de los actores un tinte cadavérico. Se cuentan varios chistes sobre los «B-52», que son muy apreciados por los asistentes. En las partes modernas del espectáculo, el ritmo y la estilización, influidos probablemente por el occidentalismo de Saigón, parecen superiores a sus equivalentes de Vietnam del Norte. Se ofrecen asimismo algunos sainetes muy en el estilo de los misterios de la Edad Media, por más que sus temas sean revolucionarios. Aunque nosotros nos aburrimos moralmente con estos sainetes, los campesinos parecen seguirlos con auténtico entusiasmo. Más sor-

(2) Thieu comienza a liberar a los prisioneros civiles. Según algunas fuentes, quedan todavía treinta mil aproximadamente en el país.

pendiente aún será la sesión de cine, también en pleno campo, pero esta vez con la asistencia de dos mil espectadores. El generador se lo robaron a los americanos. Las bobinas están hechas a mano. La imagen es buena; en cualquier caso, casi tan clara como la del Rex en Saigón. El sonido falla algo. Pero esto está previsto: uno de los operadores, micrófono en mano, sigue el diálogo en un cuaderno que tiene delante y cada vez que las voces fallan, lee el diálogo en voz alta. Se proyectan dos excelentes documentales sobre marionetas y los transportes de municiones —con una clarísima alusión a la pista Ho-Chi-Minh—. Un largometraje rodado en el Norte, caricaturesco, espantoso: el protagonista es un teniente sudvietnamita cuya hermana, comunista, es torturada por un consejero americano que parece salido de un museo de figuras de cera... El teniente se une a los revolucionarios. Orgía yanqui con un cráneo en la sala en que se tortura a la heroína. Irrealismo socialista.

«¿Qué le ha parecido?», pregunta Pham Hien. «Horribles». «¿Por qué?». «Demasiado moralizador, abundante en detalles falsos. Ese cráneo, por ejemplo». «Pero en las cárceles de Saigón hay cráneos». «Bueno, la verdad no siempre es verosímil».

Perplejo, Pham Hien toma nota. Es un tipo tan escrupuloso como emotivo. Recuerdo un día que visitamos una escuela secundaria con ciento noventa y cuatro alumnos. Pham Hien encuentra allí a un niño al que no había visto desde hacía un año. Se saludan dignamente, sin demasiadas efusiones. Pregunto a alumnos que llevan sendos pañuelos rojos al cuello por la profesión de sus padres. «Los mataron los americanos». «Al mío, también».

Pham Hien sale llorando del aula. El director ha roto también en sollozos. Pregunto a otro de los muchachos: «¿Qué quieres hacer cuando seas mayor?». «Matar a los americanos». Me reúno con Pham Hien. «Pobre país el mío —me dice—. Pienso en el hijo de una amiga al que una bomba ha dejado sin brazo. No te preocupes, le ha dicho su madre, ya te volverá a crecer, como las patas a los cangrejos». Y tras una breve pausa, Pham Hien concluye: «No hay que mentirles a los niños». «¿Qué diferencia hay en Francia —me pregunta después— entre un director de colegio y un prefecto?».

Son notables los esfuerzos que realizan para introducirnos a los representantes de los grupos religiosos. No llegaron a convencerme los pocos caodaístas que encontré cerca de su iglesia en ruinas, que ellos se proponían reconstruir. Me recordaron a un dignatario budista de aspecto chocho que conocí en París en 1967. Idéntica penosa impresión me produ-

cirá algo después el bonzo Dinh Cong Chanh. El bonzo está sentado junto a una señora de aspecto distinguido que lleva en la muñeca un vistoso brazalete de jade. Se trata de la señora Nguyen Thi Hai, mujer de un joyero de Ca Mau: «Es la representante de la burguesía, vicepresidente del FNL en la provincia», nos anuncia Tran Huu Vinh, revólver al cinto, miembro del Comité Revolucionario de la provincia.

Con estos tres notables tratamos de abordar el problema de los neutralistas, la tercera fuerza de la provincia. No obtenemos ninguna precisión sustancial. Entre los bizcochos y el té, la conversación se atasca. Nuestras preguntas relativas al «Gran Minh», arcángel de esa tercera fuerza, caen en un silencio de plomo. Nuestros compañeros periodistas, en coro: «No sabemos apenas nada del "Gran Minh" o del vicemariscal Ky. Si gozan de una base popular, tanto mejor... Pero tal vez están tratando de fortalecer su posición personal».

A propósito de los resultados de eventuales elecciones, cuadros y campesinos afirman ingenua-

nados comandantes, desplazados. «Sin pecar de excesivamente optimistas, podemos afirmar que, con buena voluntad, al Sur de Ca Mau se podrá llegar a acuerdos satisfactorios que permitirán a la CICS, entre otras, a desempeñar su cometido».

«¿Quién, según usted, ha ganado la guerra?»

En la séptima región de la CICS, que engloba a An Xuyen, los soldados del FNL han disparado, sin lugar a dudas, sobre helicópteros que transportaban a polacos, húngaros, chinos y canadienses. Es muy interesante interrogar a los campesinos y a los cuadros, lejos de las especulaciones diplomáticas de Saigón. Un granjero que habita cerca de una línea del frente: «La CICS es una CICS falsa. Un cuadro, en la retaguardia, matiza: «Sí, la CICS no funciona como es debido porque la JMC ha sido modificada». En efecto, por ahora sólo los saigoneses participan en esta última, a escala regional y local.

ONCE DIAS EN EL VIETNAM PROHIBIDO

mente: «Habría un cien por cien de votos a favor del GRP y los neutralistas. Pero el GRP se alzaría con la mayoría». A este respecto, me acuerdo de lo que me dijo Nguyen Van Thieu: «Conseguiré un noventa y siete, un noventa y ocho e incluso un noventa y nueve por ciento del total de votos». En una palabra, en An Xuyen hay dos fuerzas: los saigoneses y el GRP. Lamentable, pero así es.

¿Existe algún acuerdo entre los dos ejércitos? Tácito, sí: podrían dispararse morteros mutuamente día y noche, pero no lo hacen. Sólo de vez en cuando se intercambian disparos. Mientras tanto, más al Norte, continúan los combates. Una tarde escuchamos, a sólo tres o cuatro kilómetros de distancia, el fragor de una batalla que dura dos horas.

Tran Huu Vinh, que anda con rodeos cuando se abordan otros temas, nos da una serie de precisiones referentes a los intentos de aproximación después del alto el fuego. «Hemos hecho todo lo posible por ponernos en contacto con los comandantes locales. El 31 de enero, los saigoneses del puesto de Ranch Lum volvieron sencillamente a sus casas. Un día, una unidad fraternizó con las nuestras. Los soldados gritaban: "¡Estamos vivos!". ¿Vivos? Pero Thieu dio órdenes. Ciertas unidades fueron sustituidas; determi-

En los pueblos y aldeas del GRP, todo el mundo sabe, por ejemplo, que en Ca Mau el equipo de la CICS vive bajo la vigilancia del coronel Tho —lo que no es precisamente la mejor garantía de independencia—. Pero hay algo más, y es que, vistos desde el suelo, los helicópteros, pintados de caqui, blanco o naranja, les parecen todos negros. Además, los campesinos, los soldados, los adultos y los niños de la zona del GRP ven volar a estos helicópteros de la CICS o de la JMC únicamente de un puesto saigones a otro. De ahí que saquen la conclusión, precipitada aunque comprensible, de que la CICS está manipulada por Saigón.

Para que puedan funcionar satisfactoriamente las comisiones previstas por los acuerdos de París, son necesarias dos condiciones:

1. Es absolutamente imprescindible poner a su disposición aparatos que no tengan nada en común con los empleados durante la guerra, aparatos de un modelo desconocido para los campesinos y soldados, helicópteros de los que éstos puedan decir sin temor a equivocarse: «Son los de la paz».

2. Es preciso acabar de una vez con la farsa de una JMC al servicio exclusivo de los saigoneses. Si se les garantiza a sus equi-

pos un mínimo de seguridad —y una vez puestos a ello, ¿por qué no un máximo?—, se podrá obligar al GRP a tomar una decisión.

El personaje más apasionante de todos con los que nos entrevistamos, Tu Than —¡qué lástima que nuestro encuentro fuese tan breve!—, se mostró preocupado respecto de los fallos de la CICS. Tu Than se autocalifica de «cuadro del distrito». Estamos convencidos de que ocupa un cargo mucho más alto en la jerarquía. Vivaz, apuesto, de unos cuarenta años, vestido con un pijama de color verde oliva, Tu Than suscita la libre discusión, acepta cualquier crítica. Así, durante nuestra última conversación, mientras estamos tumbados sobre la paja de palay, bajo los árboles, nos pregunta: «¿Quién, según ustedes, ha ganado la guerra?». «Ustedes han ganado una batalla al conseguir que se fuesen los americanos. Pero la guerra o la paz no está todavía ganada». Tu Than no protesta con fría vehemencia, como lo harían en Vietnam del Norte. Acepta el que le digan cosas como ésta: «Thieu es menos fuerte de lo que cree, pero mucho menos débil de lo que se piensa. Mucha gente en Saigón o en las ciudades de Vietnam del Sur temen al FNL, o bien no creen en su programa».

Tu Than responde: «Thieu es un problema... Saigón es un problema. Estamos haciendo investigaciones al respecto. Sabemos que no contamos con simpatizantes en todas partes». No obstante, Tu Than se negará a abordar la delicada cuestión de las «libertades reales» y las «libertades formales», a las que tanta importancia se concede en Hanoi. Insiste en las perspectivas históricas del combate del GRP y en su superioridad moral con respecto a Saigón. Pienso que es preciso educar y «reeducar» a la juventud frívola de las ciudades. Y a propósito de los burgueses: «No tenemos nada en contra de quienes se han enriquecido normalmente. Pero hay muchos que tendrán que rendirnos cuentas...».

Para describir a esos hombres como Tu Than, Phan Hien o tantos otros soldados del año veintiocho, jóvenes o viejos, haría falta una palabra que no encuentro: algo a medio camino entre la convicción absoluta y el fanatismo. Su voluntad no es representativa de la totalidad de Vietnam del Sur, pero ha de contar a la larga.

El doceavo día de nuestro viaje, antes de llegar al último puesto de control vietcong, situado en las márgenes de un río, donde los soldados izan su bandera al amanecer, adelantamos todos nuestros relojes: son las ocho horas en la República de Vietnam del Sur; las siete aquí: en las zonas del GRP se ha mantenido la hora de Hanoi. ■ O. T.